

# ¡AY VIDA, CUÁNTO ME DEBES!

...

su cuerpo dejará, no su cuidado;  
serán ceniza mas tendrá, sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.

FRANCISCO DE QUEVEDO,  
"Amor constante más allá de la muerte".

A cincuenta años de la publicación de *Pedro Páramo*, y con todo lo que se ha escrito sobre esta novela, es poco probable aportar algo con que inicie un nuevo camino de comprensión, otra vía para disfrutar todavía más esta obra extraordinaria.

Se ha dicho tanto y de modo tan interesante, que todos tenemos una idea de la novela de Rulfo por haberla disfrutado como una lectura casi indispensable; o por comentarios, críticas, reportajes y películas; o bien porque Pedro Páramo y Rulfo son parte ya del imaginario colectivo mexicano: leyenda, mito, historia, fábula...

Magia y encantamiento de un pueblo al que le gustan las historias, en especial las de amor y desamor, esta gran novela es una refulgente, iridiscente historia de amor y de espera, y también la historia de un hombre muy bragado, muy macho... pero muy enamorado.

Pedro, piedra y polvo: polvo será, pero polvo enamorado. Pedro Páramo, la piedra en el espacio desolado, es una imagen que nos acompaña desde el inicio de la lectura, porque el personaje sólo cobra sentido cuando vuela en el recuerdo; cuando se sumerge en el fluir que le dio sentido a su vida; cuando retorna al niño que fue construido estando Susana San Juan a su lado:

"Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras



estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. 'Ayúdame, Susana'."

Desde la niñez, Pedro es acompañado por una presencia que es un deseo. Su motor tiene nombre de mujer: Susana, letanía salvadora e invocación constante para un ánimo siempre desolado, agreste, ríspido. El hilo conductor de la vida de Pedro es Susana. Sus ojos convocan a la mirada y el recorrido—siempre en introspección—formando y dándole un lugar al hombre, *haciéndolo* hombre. Esa mirada de la amada: agua marina que es tanto cielo como océano. Poseído que quiere poseer. Pasión que hace relieve sobre cualquier otra realidad al convocar al mito para resignificarlo en variados contrastes y colores develados.

La divina locura del protagonista es el amor. La pasión por Susana lo obliga a moverse en dos direcciones: una muy conocida, la del macho, el varón de todas las cosas y el cacique; voluntad suprema, dueño y señor de todo lo que abarca la mirada; centro, ombligo de la Media Luna, nutriente y nutrido del mito. Pedro, cetra de una construcción falocrática, cansada y cansina. La otra dirección es la del destino creador del espacio para la amada, como el mundo completo para ella:

Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti.

Ya no es el niño que en el excusado recuerda a Susana, es un hombre formado a machetazos que vive espe-

rando a su amada, que no puede corresponderle, pues no lo ama.

En este sentido, la historia de Pedro Páramo deja la huella de una línea y se sumerge en un estado anímico: Susana San Juan es el alma difusa y enloquecida de Pedro Páramo. ¿Quién no ha transitado por la historia, por su propia historia, sin alma?, porque, al fin y al cabo, el amor es un alma en dos cuerpos, y Pedro lo sabe. Tenía el alma perdida en los parajes de locura que retuercen el cuerpo de Susana.

Pensaba más en Susana San Juan, metida siempre en su cuarto, durmiendo, y cuando no, como si durmiera. La noche anterior se la había pasado en pie, recostado en la pared, observando a través de la pálida luz de la veladora el cuerpo en movimiento de Susana; la cara sudorosa, las manos agitando las sábanas, estrujando la almohada hasta el desmorecimiento.

El cuerpo de Susana San Juan es la epidermis que cubre el universo deseado por Pedro Páramo. Al hacer un paralelo entre la piel de Susana y la tierra de Pedro Páramo las dos parecerán tuyas, pero ambas son inhóspitas y ajenas.

La tierra de Pedro Páramo es árida y desolada; se vuelve brillante sólo a partir del recuerdo de Susana. La tierra de Pedro Páramo es de susurros y silencios. Hay una voz clara únicamente en el recuerdo de la amada.

"Hace mucho tiempo te fuiste, Susana. La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja; pero era la misma pobre luz sin lumbre, envuelta en el paño blanco de la neblina que hay ahora. El mismo momento. Yo aquí, junto a la puerta mirando el amanecer y mirando cuando te ibas siguiendo el camino del cielo; por donde el cielo comenzaba a abrirse en luces, alejándote, cada vez más desteñida entre las sombras de la tierra.

"Fue la última vez que te vi. Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te dije: '¡Regresa, Susana!'"

La voz se clarifica en la única plegaria que Pedro sabe: "¡Regresa Susana!". La vida del protagonista es una espera que nunca acaba, pero Susana no regresa porque nunca se fue y porque nunca estuvo.

Pedro Páramo está excluido del mundo de la amada como lo estuvo siempre del mundo. Creó y perpetuó un

sistema para ella, pero la amada no pudo recibirlo: se desmoronaba cuando llegó a él, como él se rompería al perderla.

"...tu cuerpo trasparenteándose en el agua de la noche.  
Susana, Susana San Juan."

Quiso levantar su mano para aclarar la imagen; pero sus piernas la retuvieron como si fuera de piedra [...] Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras.

Si no fuera porque la novela de Rulfo es un mito literario parecería una trillada historia de amor, trágica, sí, porque no vale la pena contar las historias de amor felices. Sin embargo, aun cuando esta novela no fuera un gran mito, hay en ella una gran historia de deuda y de ausencia, la del amor que la vida le quedó a deber al protagonista. Es un amor de separación, o, en otras palabras, un amor separado radicalmente por el mismo amor.

En su intento por atrapar lo inasible —la separación propuesta por el mismo cuerpo en el amor—, Pedro Páramo trae a Susana a su casa rompiendo todos los códigos sociales, y quien parece el prototipo de la fortaleza, se descubre como el prototipo del amor desesperado; del amante que siempre espera; del hombre fiel y leal a la amada que se va, que se fue. Guardando las distancias, es una Penélope en masculino, fiel a un amor forjado en

la espera; y que se regodea en las ensoñaciones del mundo que ha idealizado.

Cuando se refiere a Susana, el discurso de Pedro Páramo es siempre un monólogo, cuyo efecto es el de crear el ambiente en que sólo un amor así puede existir: la nostalgia.

Él creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos.

Unas horas de presencia han llenado una vida de recuerdos. La esencia del amor de Pedro Páramo es la fidelidad a una nostalgia construida de puras imágenes y a una ausencia elaborada en el discurso de la amada. Pedro siempre está incompleto como destinatario de una ley escrita por los hombres para los hombres. Pagó con la vida el amor a Susana; amor que la

E. Calderón.



vida le quedó a deber. El macho que amancebó a cuanta mujer se le antojó, vivió esperando el retorno de la amada. Penélope dentro de un cuerpo de hombre.

El mito de Penélope relata la espera del amado por la reina de Ítaca. Cuando Odiseo regresa por fin, es admitido en el lecho conyugal, pero luego de un año, Odiseo parte de nuevo. Ahí se inicia la otra historia de Penélope, que no fue relatada por Homero, pero que da pie a la figura femenina en el poema epopéyico griego.

Penélope esperó veinte años el retorno de Odiseo, atormentada por el crecimiento del hijo y el asedio de los pretendientes. La espera, prolongada desde su juventud hasta su mediana madurez, la convierte en el símbolo de la fidelidad femenina, la de la mujer que no se dejará tentar por nada ni por nadie, y que, en paciente entrega, conservará pureza y hacienda.

De esta manera, Penélope, como otros personajes clásicos griegos, impone una norma con su comportamiento, y logra un efecto didáctico con valores aún vigentes. La fidelidad de Penélope es netamente femenina. Ella se debe al tálamo nupcial y a un hombre, y es la perfecta idealización de lo que debe ser y hacer una mujer, que como construcción social aún impera.

Pero, ¿esta fidelidad la deben mantener sólo las mujeres o es una cualidad compartida por los varones? En la novela de Rulfo, el prototipo del macho mexicano transita por lo pro-

fundamente femenino: la fidelidad. Por ello, la comparación no es vacua: Penélope espera durante veinte años y Pedro Páramo, lo hace treinta largos veranos.

Como Odiseo y Penélope, Pedro y Susana se conocen desde niños, pero a Pedro, el amor le durará toda la vida, mientras que a Penélope, su juventud.

La comparación parece disímbola, pero se trata de dos amantes que se igualan esencialmente en lo inconmensurable del amor. Son además seres escindidos en una búsqueda constante del otro que los haga sujetos, de la mirada que les devuelva el ser en el mundo y del cuerpo en que exuden con tranquilidad el poderoso miedo a la soledad.

La obra literaria es, de alguna manera, una historia del espíritu humano. *La Odisea* cuenta la historia del héroe conquistador, que no es arrebatado por la violencia por sus cualidades de estrategia ingenioso y experto en ardid; pero también de la mujer que debe acompañarlo: son tipos y prototipos.

*Pedro Páramo* cuenta la historia del cacique, del mexicano macho y bragado, y mitifica al mexicano en la imagen del deseante que nunca alcanza lo deseado. Pedro Páramo es la piedra sobre la que se edifican todas las frustraciones de Comala: un México que no ha podido redimirse.

Las dos obras son historias del espíritu humano, pero también son historias del ser humano, del género humano; historias de amor y fidelidad que igualan la búsqueda de mujeres y hombres en una sola intención del alma: un amor del alma. Hay una diferencia tardía de género entre una y otra, y en nuestros días la resignificación apunta hacia una nueva forma de amar, a partir de la igualdad de géneros, para que, al fin, la vida no nos deba nada. LC

Notas tomadas de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Gran Colección de la Literatura Universal, México, Promexa, 1982.